

José G. Moreno de Alba

(1982 a 1986)

José Pascual Buxó

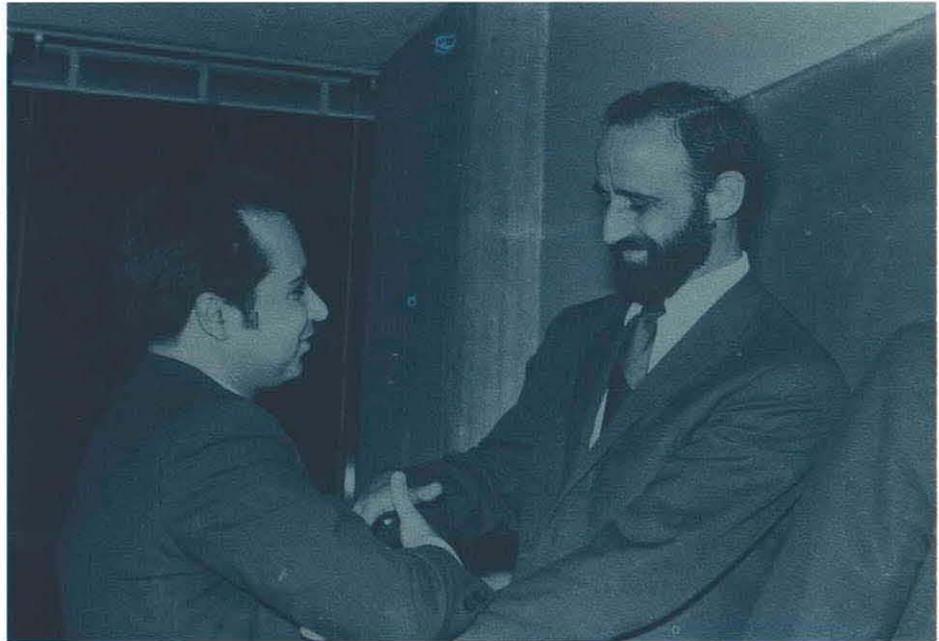
Pocas veces coincide la prudencia con la juventud, la sólida sapiencia con la expansiva alegría, pero cuando esto ocurre nos hallamos ante un ser humano llamado a la conquista de sí mismo. Evoco aquella casa en que un grupo de universitarios nos reunimos a lo largo de tres años para imaginar, discutir y redactar un libro capaz de poner ante los ojos de los alumnos carentes de maestro los claros secretos de nuestra lengua española y la humana diversidad de su literatura.

Al empezar, no todos en aquel grupo reunido al superior conjuro de Rubén Bonifaz Nuño éramos amigos; ni siquiera podría decirse que nos unieran nuestras comunes experiencias estudiantiles o profesionales, de suerte que no fueron fáciles las primeras semanas de concertación de tareas y avenencia de personalidades. Por momentos pareció muy difícil, si es que no imposible, que el temperamento emotivo y aun explosivo del uno pudiera armonizarse con la esquivia reticencia del otro. En esas primeras horas de ajuste de un grupo humano unido por la voluntad arcana del demiurgo, la madura prudencia y la tolerante sabiduría de José Moreno de Alba permitieron —quizá sin que entonces lo hayamos percibido plenamente— la conjunción del grupo, la tolerancia de las divergencias y la conciencia de una tarea que nos comprometía por encima de los caprichos del carácter o las parcialidades de la ideología.

Esas preclaras virtudes que señalo en José Moreno de Alba han ido acendrándose en el tiempo y han marcado naturalmente su derrotero humano y profesional. Hoy, cuando la Facultad de Filosofía y Letras conmemora sus setenta años, evoco las circunstancias en las que nació nuestra amistad, pero —y sobre todo— mi primer conocimiento de la firmeza de sus convicciones universitarias y la templanza de su carácter, que le dieron un sello inconfundible al periodo en que le tocó actuar como director de la Facultad. Periodo ni más ni menos conflictivo que otros, puesto que siempre resuenan en la Universidad las aguas bravas de los conflictos sociales; pero José Moreno de Alba quiso anteponer a los impulsos disgregadores siempre presentes en toda agrupación humana, las normas de la convivencia universitaria y del razonamiento persuasivo y didáctico. En otras palabras, la concordia de los ímpetus individuales con los fines de la agrupación profesional.

Pero no hablo solamente de aquellas virtudes de carácter que se reflejan en la actuación política de la persona —política en el sentido que antaño tuvo esta palabra y que nunca debió de perder, esto es, la actividad orientada a la mejoría de la conducta del hombre en sociedad—, sino de las que determinan su vida intelectual y los productos

José G. Moreno de Alba y Juan Miguel Lope Blanch.



de su espíritu. José Moreno de Alba es, no por casualidad, uno de los lingüistas más destacados de nuestro país, sino porque ninguna otra disciplina pudo hallar mejor acomodo a su particular idiosincrasia.

La lengua, entendida no sólo como común facultad de comunicarnos con los de nuestra especie, sino como sistema de signos ordenados para el cumplimiento de ese fin, exige para su estudio dos condiciones esenciales: la capacidad de abstraer sus normas y mecanismos gramaticales, esto es, su condición de sistema construido con rigurosa lógica interna, y la capacidad de entender los vastos y, en ocasiones, inexplorados dominios de la experiencia humana que se manifiestan a través del uso particular de ese sistema comunitario. El lingüista cabal ha de atender ambos aspectos y no quiere reducir el lenguaje humano a un puro mecanismo formal y al hombre mismo a un horizonte de repeticiones previsibles o, dicho de otra manera, ha de encontrar en sí mismo, en su propia conciencia despierta, la tenacidad que nos conduce al conocimiento y el amor que nos descubre la alegría.